

Introducción arbórea: El insistente brote (individual y colectivo) de suicidarse

La pedantería como crítica literaria

El hecho de que Josep Pla diga, en un texto dedicado a Goethe, que este «tiene con frecuencia la pesadez germánica», implica el hecho de que se dé por entendida la existencia, la veracidad de esa *pesadez* ligada a lo alemán, como algo conocido y aceptado por todos. ¿Es así? Los tópicos de seriedad y carácter férreo, de orgullo y autocontrol en torno a la gente teutona —palabra coloquial procedente de la que usaban los romanos para llamar a una tribu del norte de Alemania que invadió la Galia— son infinitos, y como siempre ocurre, tienen un poso real pese a representar una generalización que puede rebatirse. El mismo autor catalán, aludiendo a lo que él denominaba «la famosa serenidad de Goethe», decía de esta le resultaba muy anti-pática. Según recoge en esas líneas, admiraba al autor de Frankfurt por muchos motivos, tanto personales como literarios, y no le resultaba especialmente desagradable el conocer que se desentendiera de los hijos que les hizo a sus amantes o su indiferencia ante las diferentes desgracias que pasaron algunos de sus supuestos amigos. Es más, parecía identificarse con esa conducta —cierta conducta glacial— al considerar que tanta familiaridad podía llegar a asquear.

Realmente, casi diría que resulta imposible dar inicio a una historia de la literatura alemana sin encabezarla con Goethe, convertido en uno de esos tótems que despiertan elogios de manera unánime, por su condición de clásico, es decir, aquel autor al que se cita pero al que apenas se lee, y por lo tanto no se les cuestiona. Y así como la cultura inglesa han aupado a Shakespeare al máximo podio ellos mismos, arredrándose esa idea para sí e imponiéndola como una verdad incontestable, algo parecido ocurre en Alemania con Goethe, pues endogámicamente se le ha puesto también en los altares literarios, haciendo que su grandeza ensombrezca largamente la obra de cualesquiera otros escritores.

Semejante idolatría no sólo nació en tiempos del autor y se prolongó en el tiempo y el espacio germanos hasta la actualidad, sino que otros contextos literarios, el español sin ir más lejos, aceptaron esa visión colosal de este genio, sobredimensionada por el voluminoso libro de conversaciones que preparó Eckermann. Lo negativo es que en demasiadas ocasiones, a la hora de comentar el pensamiento, la literatura e incluso la vida vulgar y corriente —que se eleva a cotas trascendentales— se recurre a explicaciones francamente etéreas, como esta de Martín de Riquer y José María Valverde, extraída de su historia de la literatura universal: «Hacia 1770, se advierte que la «Ilustración» alemana ha entrado en honda crisis: por debajo de la forma cerebral, racionalista y filosofizante —que se mantiene fielmente— crece un sentido de entrega apasioanda al instinto más ciego del espíritu, en acto de fe decisivo hacia sus supremas aspiraciones, saltando por encima de las barreras de la propia reflexión».

Esto, que en sí no significa absolutamente nada si no se conoce todo el entramado literario-filosófico de ese pe-

riodo y cómo esos palabras aquí convocados van a ir con torsionándose en posturas idealistas, espirituales, nos lleva, claro está, al inevitable Goethe. Este siempre estará por encima no de las barreras de la propia reflexión, sea lo que esto signifique, sino por encima de todo y todos. La pareja de estudiosos dicen que Kant ejemplifica «la tendencia del alma de la época», sea lo que sea que, de nuevo, esto signifique, pero que Goethe se revela ante ello, pues es él, dicen literalmente, una «magna excepción olímpica». Y entonces llegaríamos a un punto que conectaría con Pla, pues se advierte que Goethe propuso «una actitud de redonda serenidad que fascina y da envidia aún a los más románticos, aun en un sentido personal y humano, y que es capaz de establecer un gran paréntesis entre la «tempestad y empuje» (*Sturm und Drang*) y el Romanticismo propiamente dicho del siglo XIX». De este modo, salvo en el sentimental *Werther*, reflejo de su apasionamiento juvenil, el autor es un capítulo aparte a todos los efectos, «como un microcosmos independiente, envidiablemente emancipado de las mareas históricas y aun de los mismos imperativos internos de la literatura». El problema es que esta consideración viene antes de la interpretación de sus obras y de la explicación de su calidad o alcance, de tal modo que conocemos antes la conclusión admirativa que el porqué de la magnitud endiosada del escritor.

Tal cosa, por desgracia, es común en innumerables páginas que intentan, sin conseguirlo ni de lejos, exponer debidamente la forma y fondo de determinadas piezas literarias del autor de turno al que se intenta elogiar pomposamente sin más, como instaurando la escasa necesidad de tener que demostrarlo. Ese es mi mayor reproche al mundo de la crítica literaria y la filología, o al de la interpretación

filosófica, tan dado a dar al lector no gato por liebre, sino nubes y vientos en vez de argumentos sólidos y comprensibles, confundiendo estúpidamente la sencillez exigida a todo individuo que se dedique a la enseñanza, la dialéctica o el didactismo con pedantería eufónica:

«Lástima que Kant sea difícilmente incorporable a una historia de la literatura», dicen Riquer y Valverde, que prosiguen con esta frase interminable cuando han rebasado sólo una docena de líneas en lo que tendría que ser la exposición, como rezaba el apartado de su libro, del «Final del siglo XVIII en la literatura alemana. «Sturm und Drang»»: «Pero no es un azar ni un descuido su intransitable estilo en las obras de madurez, porque en sus primeras obras «precríticas» se había mostrado un escritor elegante y casi banal en algunos ensayitos, lo cual revela que la durísima y deslavazada forma de sus «Críticas» es el modo propio de su originalidad, de su búsqueda a tientas por una nueva esfera, donde la razón se limita a sí misma en beneficio de la fe —una fe de manifestación moral— para terminar es un cimero y poco justificado acto de jubilosa creencia en la armonía total de lo existente, mundo, alma y Dios, simplemente por razones de sentido estético».

Antes de este pasaje, no hemos aprendido quién es Kant, qué es eso de las *críticas*, pero resulta más cómodo dar por sentado cosas, aunque sean del todo complejas, y referirse a ellas de forma evocadora y presuponiendo todo, que decir quién y qué fue, en estos casos, Kant o Goethe, qué escribieron y pensaron y por qué fue importante lo que escribieron y pensaron. Es aquí cuando ser culto genera inutilidad, cuando no tener un verdadero afán por enseñar a los demás se desenmascara en opciones de artificiosa pedantería. En este sentido, la literatura y filoso-